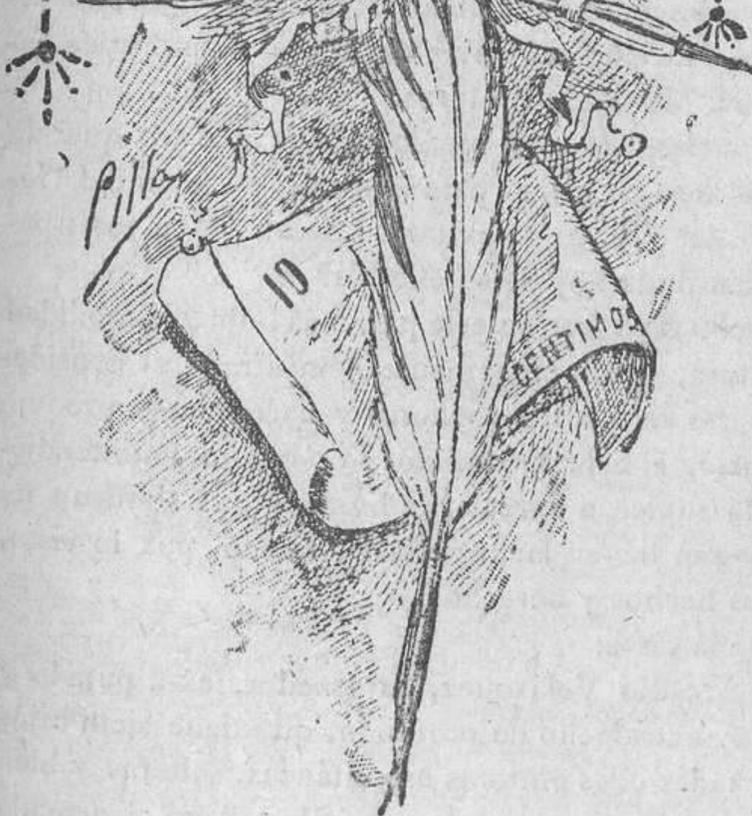


LA CASTAÑERA



Núm. 37. EPOCA TERCERA AÑO I.

SILUETAS.—*Nuestras castañeras.*



De casa solariega siempre exigua,
vive *al aire*, feliz é independiente;
clásico tipo, que en la edad presente
nos da castañas de la edad antigua.

REDACTORES

Cávia (D. Mariano de).
 Jackson Veyan (D. José).
 López Silva (D. José).
 Palacio (D. Eduardo de).
 París (D. Luis).
 Paso (D. Manuel).
 Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Sierra (D. Eusebio).
 Taboada (D. Luis).
 Torromé (D. Rafael).
 Yráyzo (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).
 Cilla (D. Ramón).
 Escaler (D. Ramón).
 González (D. Melitón).
 Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



Las matanzas están á
 la orden del día.

Víctimas en China:
 los cristianos.

Víctimas compatriotas: los co-chinos.

Esta clasificación no excluye que en el Celeste Imperio sucumban seres cristianos y cochinos á la vez.

Desde que han llegado los últimos telegramas de allá, hay quien tiene todos los pelos de punta.

Los canosos, de punta en blanco.

Los calvos absolutos, con la intención nada más.

Según noticias, Pekín está en grave peligro.

Los insurrectos marchan sobre la población.

Unos suponen que al compás del himno de Garibaldi.

Otros, que al de la *Danza macabra*.

Los rebeldes chinos son muy brutos.

A ellos se les podrá engañar como á chinos.

Pero van, entran en la cocina y cogen un cuchillo.

Luego salen, atisban un cristiano, y sin preguntarle cómo está su familia, ¡zás! le dan un tajo.

Después... ¡zis, zás!, otros dos.

Luego... ¡rás! le cortan la cabeza.

Y en seguida ¡plaf! dejan caer á su enemigo partido por gala en dos.

Acto continuo ¡pum! pegan un puntapie á la víctima, y se van tranquilamente á comer arroz con sus apreciables consortes.

¡Sabe Dios si á estas horas habrá caído Pekín en poder de los energúmenos!

Si así fuera, calculen Vds. nuestro desconsuelo.

Pero tal vez se conduela Dios de nosotros.

¿Lo hará?

De la esperanza vive el hombre.

Particularmente uno, vecino nuestro, que bebe á expensas de Esperanza Solomillo, laboriosa conjunta suya.

¿Pero es creible que, á pesar de todo, Pekín será respetado?

Nosotros abrigamos esta esperanza.

Es lo mejor que podemos hacer con ella en pleno Diciembre.

Por de pronto, hemos recorrido el mapa de China y no hemos notado nada de particular en la amenazada población.

Pero, de todos modos, la matanza de cristianos es cosa indudable, aunque terrible.

Felicitémonos, pues, de no estar al alcance de las cuchillas chinescas, y démonos con un canto en cualquier parte al considerar que la matanza que hacemos por aquí, será más cobarde si se quiere, pero es más sustanciosa que la del Celeste Imperio.

Por cierto que las batallas que allí se libran entre cristianos y chinos, deben de tener un carácter especialísimo.

Porque suponemos cómo empezarán á zaherirse unos y otros.

Tirándose chinitas.

Esto á muchos les enconará.

Por lo menos á los indígenas les parecerá un poco pesada la broma.

Y de aquí los horrores consiguientes.

* * *

Mucho ha dado que hablar estos días el oportuno artículo de Mariano de Cávia referente al fantástico incendio del Museo de Pinturas.

Algo arriesgado es el medio de que nuestro querido compañero se ha valido para llamar la atención del Gobierno y del público en evitación de un grave mal; pero, ¿quién duda hoy de su eficacia?

El hecho de haber en este país más impresionabilidad que cultura, queda plenamente demostrado al considerar que, no sólo entre cocheros y barrenderos produjo indignación el camelo aludido, sino que ni lo entendieron ni lo supieron apreciar individuos que alardean de cultos y aun tienen facha de tales, siendo, por lo visto, cóngrios hechos y derechos.

Véase la clase:

Don Arcadio Velázquez, ex-senador, ex-diputado y ex-joven, extremeño de profesión, que tiene siete hijas *únicas*, todas ellas pintoras espontáneas, solteras y bien parecidas (á los siete pecados capitales), leyó el artículo famoso, y, lleno de terror, pero sin decir oste ni moste (porque no le dió tiempo para decirlo), cogió, aturdido, el sombrero de su señora, empuñó el paraguas, y sin reparar que no se había quitado la bata, bajó la escalera con la rapidez del rayo, dió un pescozón á la portera, que se le interpuso, y se dirigió al Museo en aras de su

¡Sabe Dios si á estas horas habrá caído Pekín en poder de los energúmenos!

amor á las artes, no sin promover las burlas de cuantos le vieron correr pálido, convulso, metido en una bata de cuadros verdes, con el paraguas abierto y un sombrero de encajes y zanahorias en la cabeza.

Llega al Prado, se restriega los ojos ante el Museo, duda si habrá soñado lo del incendio, respira tranquilo, repara en su traje, se cubre el rostro con la petaca, y se dispone á regresar á su domicilio murmurando una poesía de Limendoux en acción de gracias; pero de pronto le acomete un sentimiento de indignación hacia el autor del chasco, y comienza á lanzar denuestos contra el pobre Cavia, blandiendo el paraguas y gritando desafortadamente.

Seguido de veinte granujas y custodiado por otros dos, mayores de edad, y vestidos de guardias municipales, dió D. Arcadio con sus huesos en la prevención del distrito, en donde fué declarado borracho de solemnidad, sin haber probado el vino desde el día que mataron á Prim.

A las pocas horas, y después de haber quemado en presencia de sus siete hijas y del gato, el número de *EL Liberal* que tanto le impresionó, dictó D. Arcadio medidas previsoras á fin de que su museo doméstico, debi-

do á los siete pinceles de sus hijas, no fuese pasto de las llamas algún día.

En efecto, ha prohibido á los siete frutos de su vientre la calefacción, todo alimento que no sea fiambre, el uso del tabaco, la luz artificial y hasta los amoríos naturales, temeroso de que aquellos siete corazones ardientes puedan inflamarse cualquier noche.

Aparte de esto, ha vestido á la criada de bombero y ha colocado delante de cada cuadro un cubo lleno de agua fresca, reservando la tinaja para los dos lienzos que más estima, á saber: una copia del célebre cuadro de las lanzas, que parece una falsilla tumbada, y la cabeza de San Pablo, que cualquiera tomaría por un perro de aguas acurrucado en una ensaladera.

De todo lo cual se deduce que el ingenioso Mariano de Cavia no sólo ha evitado con su voz de alarma una desgracia nacional inmensa, sino también una catástrofe de menor cuantía en casa de D. Arcadio, y quién sabe si la desaparición de siete Ticianas económicas.

¡Dios le bendiga!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

Consecuencias

—¡Nada, lo dicho, D. Anacleto!
O usted me paga, como es razón,
los quince duros, ó le prometo
que le despido sin compasión.

—¡Pero, señora D.^a Lucía,
tenga siquiera piedad de mí!
Si yo pudiera, le pagaría
con mucho gusto, claro que sí.

Pero esta crisis inesperada
me ha dividido por la mitad,
porque Romero, de una plumada,
me ha dado el cese con... dignidad.

—¡A mí todo eso me importa un pito!
¡Yo sólo quiero que pague usted!

—¡Pero, señora!...

—Nada, repito:
me da los cuartos ó lo echaré.

¿Que está cesante? ¡Vaya un salero!
¿Soy yo la causa? ¡Quiá, no señor!
¿Tengo la culpa de que Romero
vuelva al partido conservador?

—¡Ni yo tampoco, D.^a Lucía!
¿Por qué razones salió Fabié?

—¡Porque era inútil!

—¡Qué tontería!
¡No era por eso, yo bien lo sé!

Es porque un día, según he oído,
se armó en Consejo cierta cuestión,
se dió el ministro por aludido...
¡y va y les larga la dimisión!

¡Y yo, que estaba tan satisfecho
cobrando un sueldo como oficial!...
¿Usted qué opina? ¿Que está bien hecho?
¡Pues yo lo encuentro bastante mal!

¡Eso no lo hace más que un *pistolo*,
ó es que nos quiere comprometer!
¡Si le han faltado, que salga solo,
que yo no tengo nada que ver!

Por eso el chasco fué extraordinario,
¡como que es una (claro que sí)
pedrada en ojo de boticario
que de rechazo me toca á mí!

—¡Se me figura que usted exagera!...

—¡Pues eso es todo lo que pasó!

—¡Ya! Pero creo que la primera
que aquí lo pague, voy á ser yo.

—¡Eso sería lo conveniente!
Hoy, por de pronto, *páguelo* usted,
que en cuanto salga de pretendiente
yo le prometo que pagaré;
si antes no hacemos un desatino,
porque es difícil poder hallar

otro destino como el destino
que á mí me dieron en Ultramar.
—¿Usted tendría muchos asuntos?...
—¿Que si tenía?... ¡Claro que sí!
¡Yo trabajaba por todos juntos
y hoy ya no pueden pasar sin mí!

Limpiar de tinta los cuadradillos,
abrir las puertas, cerrar el gas,
y con colillas hacer pitillos,
para venderlos á los demás.

FIACRO YRÁYZOZ.

SU ÚNICO HIJO (1)

(Continuación.)

Todos los que se interesan algo en seguir el escaso movimiento literario de nuestro país y que por consecuencia leen con atención lo que *Clarín* escribe, recordarán perfectamente que Alas fué en otros tiempos uno de los más entusiastas panegiristas de la Sra. Pardo Bazán, á quien en más de una ocasión proclamó ÚNICA en España.

Nadie como él ha quemado aromáticas alabanzas en los altares de la autora de *Una cristiana*, y nadie, si se exceptúa este humilde gacetillero, ha sido más violento en sus ataques contra la zurcidora de las «Conferencias rusas» explicadas ante el absorto Ateneo de Madrid.

No tengo á la mano las colecciones de los periódicos en donde *Clarín* comenzó á revelarse como escritor satírico, hace diez ó doce años; y por lo tanto, habré de confiar en mi memoria, acaso infiel, para sostener lo que voy á decir; pero con todas las salvedades que la evocación de un recuerdo lleva consigo, he de afirmar que su folleto *Rafael Calvo* pugna abiertamente con lo que en la época citada dijo Alas contra el difunto cómico (2).

En el prólogo de la edición española de *La muerte y el diablo*, quéjase Pompeyo Gener amargamente de los sendos *palos* que *Clarín* le había propinado... y algún tiempo después, el propio *Clarín*, en su hermoso libro *Mezclilla*, con reiterados mimos suaviza y atenúa sus antiguos desmanes contra el autor de *Herejías*.

Lo mismo en su aljamiada y ¿por qué no decirlo? oscura polémica con D. Federico Balart (resumida según creo en futuro folleto que ansío conocer), que en el estudio de *La terre*, publicado en *La Ilustración Ibérica* y en algunos de los trabajos (3) que constituyen el volumen titulado *Mezclilla*, asoma muchas veces esa tristeza honda, esa profunda melancolía que Alas lleva

consigo, allá dentro de su amargado temperamento, y que á pesar de todo prejuicio seduce y encanta suavemente... Algo sutil é imperceptible acaso, para los que jamás han caído desplomados, con la voluntad aniquilada y el corazón frío, sobre las ruinas de un ideal muerto, pero que aspira con ansia infinita, quien ha experimentado, una vez siquiera, las intensas nostalgias de algo grande y profundo perdido para siempre.

Esa marca de simpatía que llevan sobre la frente todos los vencidos, que atrae y que conmueve, despertando el instinto dormido de la generosidad.

¿Acaso *Clarín* es un vencido?

No lo sé, ni me importa averiguarlo. Consigno mis impresiones y además comparo á Alas sintiendo la *estética del dolor*, con Alas, simulando la risa, imitando la *alegría de vivir*, cuando garabatea sus folletos contra Manuel del Palacio, el 0,50 de poeta, y contra Bonafoux, el fiscal voluntario de sus litigios literarios; y de esta comparación y de este examen deduzco, preferible cien veces, el *Clarín* vencido (si es que la derrota obliga á sentir) al *Clarín* vencedor, que hace muecas y contorsiones para divertir á la gente agolpada alrededor de su triunfal carro de guardarropía.

Yo no lo sé, repito, no sé si *Clarín* es un vencido ó un vencedor; pero en mi afán de encontrar sus méritos atenuando sus defectos, quisiera mejor considerarle como sublevado perpetuo, cuya pregonada cabeza se levantara erguida y serena sobre unos hombros fuertes, contemplando con calma á sus detractores.

Lo que sí sé, es que para pelear todas las armas son buenas: la honda y el fusil Lebel; pero en esta clase de luchas, prefiero la espada que se retuerce sobre otra espada buscando frente á frente y puño á puño el corazón del enemigo.

Traducción al idioma vulgar: Los *Paliques* producirán mucho dinero, pero suelen ser perjudiciales para el prestigio de un crítico.

Cuando se vive de la literatura, hay que pasar por todo, es cierto; pero sin abusar, que muchas veces es más provechoso callar gratis, que escribir cobrando.

LUIS PARÍS.

(Continuará.)

(1) Véase el número anterior.

(2) Si esto no es exacto, perdone el Sr. Alas un caso de alucinación muy fácil de experimentar por quien se proponga enumerar sus abundantes contradicciones.

(3) BAUDELAIRE: *A muchos y á ninguno*, y otros.

REFLEXIONES



—¡Paece mentira que la gente de posibles no venga á la Fuente de la Teja; porque *cuidiao* si lo pasa uno aquí ricamente!

“LA ESCALA DE LA VIDA,,



De Vuelta Abajo.



Covacheros sin vuelta.



Habanos, sí; pero no militares.



Conchitas (porque á él le gustan las asimilaciones).

Ó "BIEN VENGAS, COLILLA, SI VIENES ARDIENDO,"



De 10 céntimos. (Esencia de Tabacalera.)



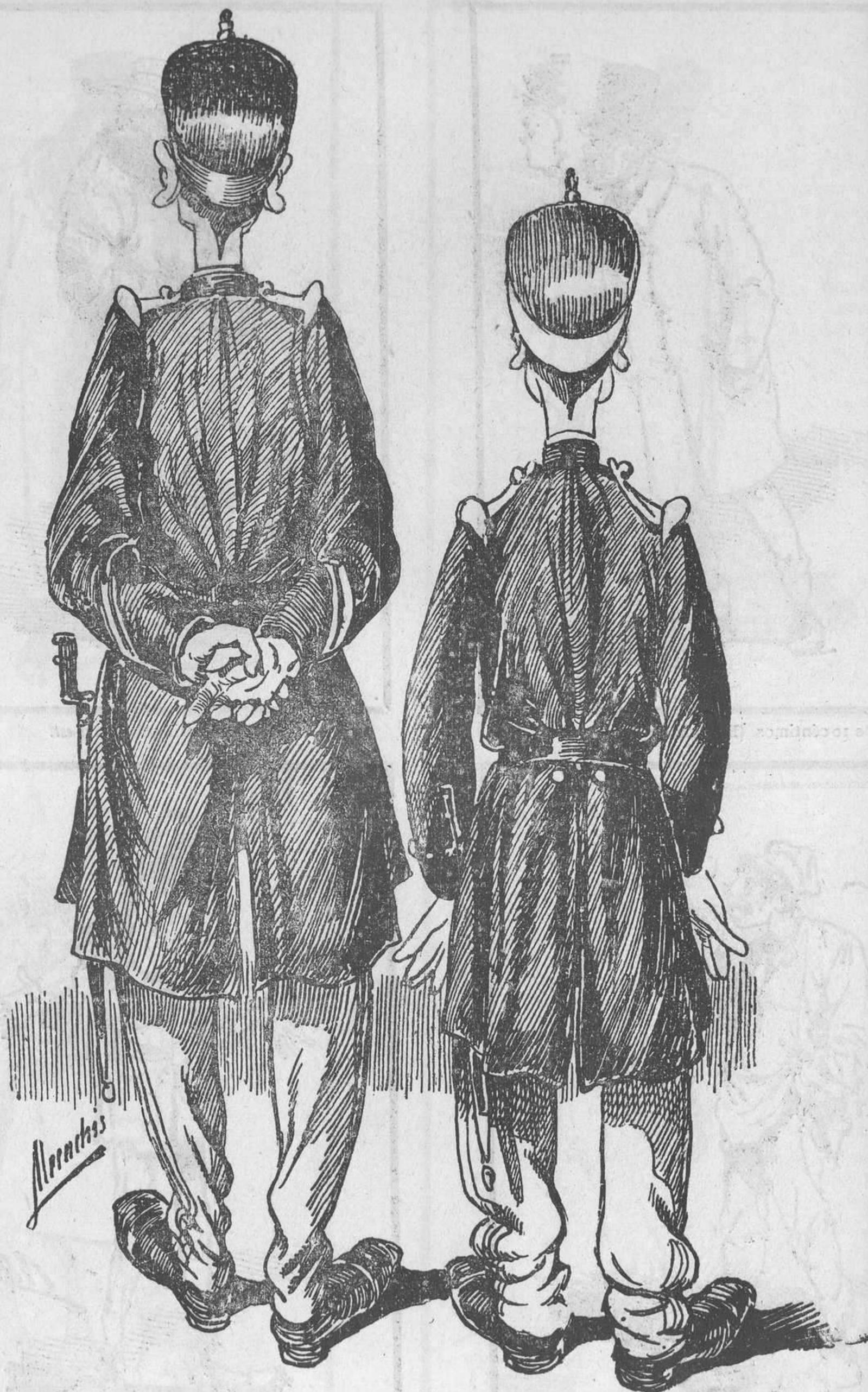
¡De 5 céntimos! *Mortus est.*



De la sabrosa colilla.



¡Ni eso siquiera, Dios mío!



—Lo que yo *quisiá* es que *tos* los días *estuviamos* de formación.

—¿*Pa* qué?

—*Pa* ver si alguna se fijaba en mí, porque lo *ques* sino, por mucho aquel que se tenga pasa uno *desapercibío*.

¡YA ES TARDE!

Desengañese usted, D. Aniceto, los hombres como usted que peinan canas, no deben ya pensar en matrimonio ni deben cortejar á las muchachas. Cuando pasó la edad de los placeres, esa edad en que todo importa nada, cuando se echan de menos una á una todas las energías derrochadas, el hombre más galán y calavera puede decirse que *se dió de baja*. Me va usted á contestar seguramente que me meto en camisa de once varas, que á su edad los consejos de un muchacho maldito si le pueden hacer falta; que tiene usted experiencia de la vida, que ha estudiado muy bien el alma humana y que habiendo cumplido los sesenta, está bien hecho todo cuanto haga. Pero yo, por lo mismo que soy joven, sé cosas que usted tiene ya olvidadas, y sé que si se casa con Pepita ha de encontrar la vida muy amarga. Ella, apenas si tiene quince años; su sangre hirviente, sin querer se inflama, y usted, anciano, enfermo y achacoso, inválido á la vez de cuerpo y alma; ella lleva la vida entré su pecho, y usted lleva la muerte en sus espaldas. Me dice usted que siendo una chiquilla podrá usted á sus gustos amoldarla: pero D. Aniceto, y ¿á los de ella?

¿se puede usted amoldar? ¡En confianza! ¿Que los padres lo quieren? ¡Ya lo creo! Para ellos esa unión es una ganga; usted es rico, morirá muy pronto, y toda su riqueza han de heredarla; ¡ya ve usted si los padres tendrán prisa porque se case usted con la muchacha! Reflexione usted un poco; tenga en cuenta la vida tan horrible que le aguarda. En esas noches del helado invierno... (no tenga miedo á que recite un drama) cuando solos los dos, usted se encuentre con su joven esposa cara á cara, ella dulce, incitante, delatando todas las ilusiones de su alma, dejando ver su mórbida escultura á través de los pliegues de la bata, asomando su pie chiquirritito que pugna por salirse de la falda... ¡y usted con esa tos impertinente, los pies arrebuados en la manta, sin apartarse un punto del brasero, sin un rayo de amor en la mirada!... ¡Por Dios, D. Aniceto! ¡No es posible! ¿Y cuando den las doce? Pero basta, no lleguemos al trance más penoso; si me desoye usted, y al fin se casa, siga usted el ejemplo de un amigo... ¡¡y procure tener sólo criadas!!

FÉLIX LIMENDOUX.

LAS OFICINAS

I

—¿Puedo pasar á ver al Sr. López?
—¿López? Sánchez, querrá V. decir.
—Yo creo que se llama López.
—¡Saaaanchez! ¿Si lo sabré yo?
—Bueno, hombre, bueno; no se sofoque V.
—Si estuviera V. aquí desde las once y media de la mañana hasta las cinco de la tarde, peleando con el público, ya veríamos qué humor se le ponía.
—Y si tuviera V. que venir desde Pontevedra para que le despacharan un expediente incoado el año 1876 y estuviera V. recorriendo hace dos meses todas las oficinas de Madrid, ya me diría V. si le quedaba un átomo de paciencia.

—Pues no hay más remedio que fastidiarse.
—Ya me fastidio; pierda V. cuidado.
—A no ser que quiera V. que hagan una ley especial para servirle.
—No trato de eso; en fin, ¿se puede ver al Sr. López?
—Sánchez.
—O Sánchez; me es igual.
—No recibe hasta las cuatro.
—¡Y son las dos!
—Justamente.
—Bueno, esperaré.

El de Pontevedra toma asiento en un banco de la portería y se pone á leer el *Boletín de Bienes nacionales*, que está sobre un pupitre. De cuando en cuando interrumpe la lectura y suspira, hasta que acaba por quedarse dormido, con la boca abierta y la frente apoyada en el hombro de otro pretendiente humilde é incapaz de incomodarse.

—¡Eh! ¡eh!—le dice el portero con malos modos.—
Está V. roncando y no nos deja hablar. Paséese V. por
ahí, para despabilarse.

II

El reloj da las cuatro y el de Pontevedra, con la
aquiescencia del portero, penetra en la oficina.

—¿El Sr. Sánchez?—pregunta desde la puerta.

—Aquí no hay ningún Sánchez.

—Usted dispense... Yo venía...

Los empleados hablan de sus cosas, mientras el del
expediente, de pie, á la puerta del despacho, espera
que le dirijan la palabra. Por fin, un escribiente que no
representa arriba de catorce años y fuma puro en bo-
quilla, se encara con él para decirle:

—¿No ha oído V. que aquí no hay ningún Sánchez?
¿Es V. sordo?

El de Pontevedra se retira cabizbajo.

III

—Diga V.: ¿Es este el despacho del Sr. Sánchez?

—Aquí es; pero ya se ha marchado porque tiene á su
señora con un flemón y está muy intranquilo.

—Me alegraré que se alivie.

IV

Al otro día:

—Buenas tardes.

—¿Qué se le ofrece á V?

—¿Es V. el Sr. Sánchez?

—Sí, señor.

—Bueno; pues yo soy la viuda de Souto, de Ponte-
vedra...

—¿La viuda?

—Quiero decir, soy hijo de la viuda, y venía á saber
de un expediente...

—Espere V.

Sánchez, que había tenido que suspender la conver-
sación con sus compañeros para recibir al de Ponteve-
dra, le vuelve la espalda, para seguir hablando de sus
cosas.

—Pues, sí señor—dice muy incomodado;—González
no ha debido ascender porque el año 89 tenía doce y pa-
só á Correos con catorce y allí le formaron expediente
porque se comió once certificados y una valija.

—A él quien le recomienda es una tía de Gamazo, que
está baldada, y todo cuanto le pide á su sobrino se lo
hace inmediatamente.

—No, señor; González ha ascendido, porque sabe tocar
el clarinete, y le dedicó una mazurca á Bosch y Fuste-

gueras cuando éste pronunció un discurso en la Socie-
dad económica, sobre los cereales y la influencia del
algodón en la sociedad moderna.

—No sabe V. lo que se dice.

—Mejor que V., porque yo á Bosch casi lo tuteo y
ha vivido en el cuarto segundo de mi casa, *tanto*, que le
oíamos cantar todos los días mientras se afeitaba...

El de Pontevedra consigue al fin que Sánchez, harto
de discusiones, le dirija la palabra.

—Bueno; y V. ¿qué es lo que quiere?

—Pues mi padre que en paz descansa tenía prestada
una fianza desde el año 76, y quiero ver si la retiro...

—Ta... ta... ta... ¿Y ahora se acuerda V. de re-
clamar?

—¡Quiá! ¡Si hace diez años que vengo presentando
solicitudes todos los meses! Solo en papel del sello un-
décimo hemos gastado cerca de sesenta duros.

—¿Pues qué quería V? ¿Que le diesen el papel de
balde?

Los empleados se echan á reir y el de Pontevedra sa-
le del despacho después de haber oído decir á Sánchez:

—En fin, vuelva V. dentro de quince días, y déje-
me V. una nota; pero dudo que parezca el expediente,
porque los empleados fusionistas eran unos brutos y lo
han dejado todo revuelto. Lo mejor será que busque V.
una recomendación para el director.

V

Un diputado servicial facilita al de Pontevedra una
recomendación para el alto funcionario.

—¿A qué hora recibe el señor director?—pregunta el
hijo de la viuda de Souto en la portería.

—Desde la una hasta la una y media—responde el
portero;—pero hoy no sabemos si recibirá, porque está
conferenciando con un personaje.

—¿Podría V. pasarle esta tarjeta?

—¿No ha oído V. que está conferenciando?

Tres horas después, la mampara del despacho del
director gira sobre sus goznes y tras ella aparece la dis-
tinguida figura del alto funcionario.

—Adiós, *Pelón*—dice estrechando la mano al perso-
naje de la conferencia.

—¿Quién es ese hombre?—pregunta asombrado el
pretendiente.

—¿No le conoce V?—contesta el portero.—El *Pelón*,
uno de nuestros primeros picadores.

El de Pontevedra decide volverse á su pueblo, con-
vencido de que con funcionarios así es verdaderamente
milagroso que no se pierdan todos los expedientes.

LUIS TABOADA.



Ya sabrán Vds. que Los Arcos dimitió y que le silbaron, lo mismo que á cualquier poeta malo, más ó menos cantor de Elisa.

Pues de todo ese *jaleo*, ha resultado lo que siempre: el público, pagando las cesantías de los silbantes.

Y si no, que lo diga el director de este semanario, que echó en un buzón de la central tres cartas, el día 22 de Noviembre, y las tres se perdieron.

Verdad es que bien pudieran haberse ocultado ellas solas, *huyendo de la quema*.

Pero lo peor del caso fué el disgusto que nos produjo nuestro compañero, cuando se enteró de *la fuga*.

Porque quería decir en EL CASCABEL que los directores de Correos son figuras de guardarropía, y los celadores, inspectores y demás *señores*, pedazos de estuco, y muchos empleados que pierden las cartas por impericia, zotes de pendón y caldera, y otros que se las guardan, Juanillones inamovibles.

Menos mal, que pudimos convencerle de que no dijera nada de eso.

Entre otras razones, por la de que á ninguno se ofende al llamarle por su nombre.

Pedro, Juan, Francisco, etc.

* * *

Recortamos:

«Del convento de San José, de Gracia, se ha escapado una monja que cuenta 17 años de edad, *saltando para ello una tapia de bastante altura*.»

Esta noticia nos ha producido pena y alegría, *que son dos cosas á un tiempo*.

Alegría, porque la Religión no está por los suelos, sino á la altura de las cercas; pena, al considerar que en ese convento pudo haber, como hay en otros, muchísimos vidrios de punta, clavados en el borde de la tapia.

Y en tal caso, al saltar la *piadosa monja*...
¡Qué horror!...

* * *

Repetimos, gratuitamente, el siguiente anuncio, tomado de *La Correspondencia*:

«Se vende un magnífico uniforme de ministro plenipotenciario que apenas está estrenado.»

Rogamos al anunciante que aclare más el concepto, pues no se aprecia bien si es el traje el que está *estrenado apenas*, ó el ministro.

El primero quizá nos convendría para vestir al ordenanza de esta Redacción; pero el segundo no puede comprarse á ningún precio.

Porque esos plenipotenciarios están hechos con tela de jergones.

* * *

¡Gran Dios! Ya tenemos un alcalde magnánimo que va á suspender la busca y captura de los perros vagabundos.

Lo sentimos por los laceros, que echarán de menos el noble ejercicio de la caza.

Y las saludables bofetadas del *pópulo bárbaro*.



K. Re. T.—Esa carta que empieza:
«Mi dorada Celetrina,
me alargaré questes güena.»

Fué la primera que escribió á su novia Epaminondas, cuando era quinto.

P. Lusa.—De los últimos, uno.

P. Pino.—Sí; pero el escribir versos muy bonitos, sin decir nada en ellos, es vulgarísimo. ¡Hay tantos que lo hacen!

Piloto.—«Verás: la mar estaba
encrespada y furiosa, y se sentía
el bramido de la ola que avanzaba
y que retrocedía
y que todo en su empuje lo *arrasaba*...»

Y ¡claro! Usted lo escuchaba
y al Nuncio se lo contaba.

Sr. D. R. A.—Madrid.—¿Que si le considero poeta?
¡No, señor! Ni lo sería V. aunque esas composiciones
festivas estuvieran correctísimas y graciosísimas.

Sr. D. C. A. O.—Madrid.—Ni fú ni fá.

K. T. To.—Puede verse:

«La Pelos era celosa
y un día le sorprendió
con otra al salir el sol,
y se armó la escandalosa...»

Pero como además cantaría la perdíz y falta este detalle, no sirve la composición.

C. Rato.—Y simple por añadidura. ¡Cuidado que tiene bemoles eso de *satirizar* á las suegras!

Perulero.—¿A que no? Apuesto tres pesetas contra un majadero.

S. D. R. A.—Sevilla.—Es bellísima; pero no dice nada absolutamente.

Sr. D. E. J. V.—Madrid.—«A Teodora.»

Vamos, ha cambiado V. los sobres, ¿verdad?

Latiguillo.—¡Desdichadol Aunque supiera V. escribir ¿cómo iba yo á dejarle hablar mal de un compañero mío?

Macareno.—¡Olé, mi niño!

«Vale más tu *cuerpesiyo*
que el de Frascuelo y Guerrita;
la cinta de tu corpiño
hasta *er sentio* me quita.
¡Viva las *jacarandosa!*...»

Eso; y ¡viva Piloña! también.

Sr. D. F. F. U.—Valencia.—Con mucho gusto la publicaría si no temiera que Llorente le dijera á V. *lladre*.

Sr. D. R. R. L.—Madrid.—Incorrectos; hay muchos que no riman y todos están mal medidos. No tiene V. en cuenta los diptongos, las contracciones y los acentos.

P. Lote.—«Porque escribes zarzuelas
te crees un sabio
y te duelen las muelas
de puro zafio.»

Y usted, *Pelote*,
debe de ser un tonto
de capirote.

Sr. D. J. M. Z.—Madrid.—¿Quiere enviarme la firma?

Sr. D. A. C. y C.—Pontevedra.—Será el núm. 1.º de 1892.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores, calle de San Isidro, 6 duplicado.—Teléfono 260.



EL CASCABEL

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado e ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

Precios de suscripción en toda España: trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.

Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.

Precios de venta: Número suelto, corriente ó **atrasado**, 10 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

Los señores suscriptores tienen derecho á recibir gratis todos los números extraordinarios que se publiquen, como asimismo el Almanaque de EL CASCABEL.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

calle de San Isidro, núm. 6 duplicado.

(Teléfono 260.)

HORAS DE OFICINA: TODOS LOS DÍAS DE 10 Á 5

Se admiten suscripciones en la Administración de este periódico, en la librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en la de los Sres. Escribano y Echevarría, Plaza del Angel, 12.

EL ÁGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS
3 — Preciados — 3

MUÑOZ Y ALMANSA

Nuevo centro de compra-venta de muebles, tapicería, sillas doradas é infinidad de artículos baratos.

Cedaceros, 13, bajo.

DOLOR DE MUELAS

Lo cura sin operación

CALVO, DENTISTA

Caballero de Gracia, 30, pral.

Enfermedades del estómago

PASTILLAS COMPRIMIDAS DE RUIBARBO
DE COIPEL

Inapetencia, dispepsia (digestión difícil), estreñimiento, flato, antibilioso, purgante suave y seguro.

Barquillo, 1, Farmacia.

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS
8 — ARENAL — 8

(Teléfono núm. 283.)

LEGÍA FÉNIX

Para el lavado y fregado con **80 por 100** de economía en tiempo, trabajo y dinero. Venta al por menor en droguerías, ultramarinos y cacharrerías.

Por mayor con descuento.

Plaza de San Nicolás, 6.

GRAN PELETERÍA FRANCESA

Casa única en España en el ramo de peletería fina. Abrigos forrados de piel para caballero, chaquetas de nutria y astracán para señora, modelos en manguitos, cuellos, pelerinas, tocas y adornos. Especialidad en boas de mongolias, colas de renard y petit-gris. Juegos completos de esclavina, cuellos y puños para cochero, mantas para camiaje.

FANTASÍA EN BOAS Y ADORNOS DE PLUMAS

6 — ESPARTEROS — 6

PERFUMERÍA FRERA

Primera casa en perfumería fina, peines, peinetas de concha, marfil é imitaciones; cepillería fina y demás objetos de tocador. — *Especial en blancos y tintes.*

1, Carmen, 1, Madrid

GRAN BAZAR DE CAMAS

!!! Camas desde **12 pesetas!!!**

!!! Colchones desde **48 reales!!!**

No comprar sin visitar esta casa, la primera en su clase.

1 — Plaza de la Cebada — 1

RELOJES

Remontoir de níquel desde 10 pesetas; idem de acero desde 15 pesetas; de plata desde 23 pesetas.

Gran surtido en despertadores.

BAZAR IBO

San Bernardo, 18 duplicado.

BERCIAL

SASTRE

Trajes y gabanes, género inglés, que valen 25 duros, á 14.

11 — Corredera Baja — 11

(junto á Lara.)

Coronas

Y PLANTAS ARTIFICIALES

SUCESOR DE OSTOLAZA

Carretas, 37, entresuelo.

(TELÉFONO 500.)

SELLOS DE CORREOS

Se compran los usados de todas las naciones. Darán razón en la Administración de este semanario.

MONTERA, 23